

LA 'DICTABLANDA' HIRIÓ DE MUERTE A LA CORONA

Primo de Rivera había sido popular durante los primeros años de su régimen. Pero a partir de 1927, la sociedad española experimentó un gran cambio político y cultural. La Monarquía actuó como si el régimen dictatorial hubiera sido un mero paréntesis que nada cambiaba, lo que acarreó su propia caída.

JAVIER TUSELL

La crisis del régimen dictatorial de Primo de Rivera fue muy característica de su persona y de las peculiaridades del sistema político que había fundado. En realidad, la dictadura fue popular y careció de adversarios durante gran parte de sus siete años de existencia. Originada por el profundo desprestigio de la política oligárquica del sistema de la Restauración, esta razón sirvió para que triunfara sin excesivas resistencias en el año 1923 y la solución dada al problema de Marruecos contribuyó de modo sustancial a mantener el aprecio de la opinión. La buena situación económica, la política expansiva de obras públicas y el colaboracionismo de una parte de los sindicatos testimonian de la ausencia de problemas graves hasta el periodo 1927-1928. Todo cambió, sin embargo, a partir de estas fechas. La dictadura por una parte buscó su institucionalización a través de la convocatoria de una Asamblea Nacional Consultiva, lo que suponía un nuevo acto inconstitucional. Eso hizo arreciar la oposición liberal de un modo que probaba el crecimiento de opinión antimonárquica. A partir de este momento hubo una cerrada

oposición por parte de algunos de los políticos liberales, mientras que un sector del Ejército, en especial el arma de Artillería, se convertían en enemigos de Primo de Rivera y los intelectuales o estudiantes adoptaban también una clara actitud de beligerancia contra el dictador andaluz y el rey Alfonso XIII.

Fue la propia incertidumbre personal de Primo de Rivera la causante del colapso de su régimen. Cuando en 1929 estalló una sublevación militar,

EL ALMIRANTE AZNAR

1860-1933. Fue el último jefe de Gobierno de la Monarquía alfoncina, cargo que desempeñó desde el 18 de febrero de 1931. Los pesos fuertes del Ejecutivo eran su antecesor Berenguer, Romanones y La Cierva. Se fijó un calendario electoral que preveía municipales el 12 de abril, provinciales el 3 de mayo, generales el 7, y para senadores el 14. La primera fecha dio la victoria a las candidaturas republicanas en las grandes ciudades. Dos días después se proclamaba la República.



pareció dispuesto a radicalizar los objetivos de su Gobierno, pero esta decisión apenas se mantuvo. Agobiado por la crisis económica y por las discrepancias con sus partidarios que habían estallado en enero de 1930, tras una consulta a los altos mandos militares, dimitió arrojando a las manos del rey, de la manera más inesperada, el problema de cómo sustituirle.

La situación política era, en efecto, grave para la Monarquía. En un corto espacio de tiempo la sociedad española había experimentado un profundo cambio político y cultural. La institución sólo habría podido sobrevivir si hubiera sido capaz de ponerse al frente de los deseos de cambio que afloraban en el país, por medio de una rápida acción de gobierno. Pero los dos políticos que hubieran podido llevarla a cabo, el catalán Francesc Cambó y el castellano Santiago Alba, no estaban en condiciones de hacerlo, el primero por su mala salud y el segundo por su enfrentamiento personal con el rey.

El general Dámaso Berenguer, nombrado por el monarca para presidir el nuevo Gobierno, había sido un tenaz opositor de la dictadura. Militar prestigioso, de altura intelectual considerable, había dirigido las operaciones destinadas a controlar la zona occidental del Protectorado sobre Marruecos. A pesar de ser un conocido monárquico,



El gobierno del general Berenguer (quinto por la izquierda) en el vestíbulo del Palacio de Oriente, enero de 1930. ESPASA CALPE



Primo de Rivera desterrado en París, muy poco antes de morir (1930). ESPASA CALPE

La efervescencia popular testimonió el cambio político que se estaba produciendo en la vida española

y que por ello con su persona involucraba a la institución en el régimen, se apoyó sólo, sin embargo, en el partido conservador. Berenguer tenía un deseo sincero de volver a la normalidad, pero carecía de capacidad política, y su pretensión se limitaba a un retorno al liberalismo caciquil de los años anteriores a la dictadura. En consecuencia, si en un principio Berenguer fue bien recibido, con el paso del tiempo su imagen pública fue deteriorándose. El artículo de Ortega y Gasset, *El error Berenguer*, publicado el 15 de noviembre de 1930, en el que el pensador sostenía que no era tanto el régimen, ni su gobernación, como el propio general lo que constituían un

error, es el mejor testimonio de ello. Hasta ese momento los republicanos no habían sido un grave problema para el sistema, pero al republicanismo histórico se

le sumaron los representantes de una renovación republicana de los que la figura más importante fue Manuel Azaña, mientras que antiguos dirigentes monárquicos como Niceto Alcalá-Zamora y Miguel Maura ingresaban en el republicanismo. Muchos monárquicos, sin abandonar su campo, se mostraban profundamente reticentes con respecto a la personalidad de Alfonso XIII. Desde agosto de 1930 los sectores republicanos actuaron de forma coordinada tras una reunión en San Sebastián, en la que también estuvieron representados los socialistas. Lo que mejor testimonió el cambio que se estaba produciendo en la vida española fue la efervescencia popular

EL CAPITÁN FERMIN GALÁN

1899-1930. Había conspirado contra la dictadura de Primo de Rivera y fue condenado por un Consejo de Guerra a la pérdida de empleo y cárcel en Montjuïc. En 1930 fue amnistiado por completo y destinado a Jaca, en donde sólo pensó en sublevarse para proclamar la República. Alcalá-Zamora pretendió que no llevara por su cuenta el alzamiento republicano, pero él quería establecer un comunismo humanista, tal como lo había descrito en su libro *Nueva creación*. El viernes 12 de diciembre de 1930, junto con el capitán García Hernández, se apoderó de Jaca al grito de "¡Viva la República!". Nombró un nuevo alcalde e izó la bandera tricolor en el Ayuntamiento. Dispuso de 800 soldados para salir hacia Huesca, esperando que se sumasen otras fuerzas. No fue así. Un contingente militar de aquellas dos ciudades le hizo frente. García Hernández y otro compañero pretendieron parlamentar, pero les apresaron y abrieron fuego sin más dilación. Las granadas desconcertaron a los alzados y se produjo la desbandada. Galán se entregó. Los jefes fueron sometidos a un juicio sumarísimo por un tribunal militar. Galán y García Hernández fueron condenados a muerte y fusilados a las 14.00 horas de ese mismo día. El primero rechazó la asistencia religiosa, sin embargo el segundo confesó y comulgó. Ambos murieron con entereza.



El capitán Galán y tropas gubernamentales. ESPASA CALPE



con que se vivía la política. No sólo se incrementó el número de afiliados a partidos y sindicatos de izquierda, sino que el interés por la cosa pública pareció llegar a sectores inéditos de la vida española. Esta movilización generalizada acabaría teniendo un profundo impacto en el comportamiento electoral, que constituyó un factor decisivo en el cambio de régimen. De otro lado, aunque se convirtió en un símbolo republicano, cabe atribuir una importancia sólo relativa a la intentona revolucionaria del 12 de diciembre de 1930.

Organizada según las pautas tradicionales del pronunciamiento decimonónico, sólo logró un efímero triunfo en Jaca y en el aeródromo madrileño de Cuatro Vientos. Paradójicamente, fue el fusilamiento de dos de los oficiales implicados en la intentona de la localidad aragonesa, Galán y García Hernández, lo que proporcionó héroes a los republicanos, en vez de tener como consecuencia un movi-

miento social contrario a las doctrinas revolucionarias de los ejecutados. Para una extrema derecha monárquica, que añoraba el régimen de Primo de Rivera, este suceso fue una prueba

de la inminencia de una revolución social y, en consecuencia, optó por una actitud muy crítica contra la Monarquía cuyo liberalismo llegó a detestar.

Hasta el final de su régimen de poco más de un año, el general Berenguer permaneció ignorante de todos esos cambios en la vida pública. Mientras se producían los fenómenos mencionados, el Ejecutivo se limitó a elaborar un encasillado electoral siguiendo las pautas habituales en el sistema de la Restauración para celebrar unas elecciones legislativas con la esperanza de obtener un éxito absoluto. Su actitud era liberal pero de un liberalismo oligárquico, que pretendía que las elecciones podían llevarse a cabo siguiendo las pautas de otros tiempos, es decir, controladas desde el poder, y



Primera plana de 'El Sol'. ESPASA CALPE

como si no hubiera habido dictadura ni sensibilización política del pueblo. Al menos, los dirigentes de los partidos del turno resultaron un poco más atentos a la opinión popular. Por eso acabaron renunciando a presentarse a las elecciones si éstas no iban precedidas por una renovación anterior de los Ayuntamientos.

En estas circunstancias, el general se vio obligado a presentar la dimisión al rey el 14 de febrero de 1931. El Gobierno formado días más tarde, bajo la presidencia del almirante Juan Bautista Aznar, tenía el inconveniente adicional de que agrupaba a la totalidad de las fuerzas monárquicas en un esfuerzo de concentración nacional, en el que el propio Dámaso Berenguer asumía la cartera del Ejército. Berenguer, en cambio, sólo había tenido tras de sí a los conservadores, de modo que no arriesgaba, con su derrota, el mantenimiento del régimen monárquico. Ahora sucedía eso precisamente. En un plazo muy corto de tiempo la Monarquía se había puesto en peligro a sí misma principalmente por los errores de los políticos más identificados con la institución. De esta forma, el Consejo de Ministros del 23 de febrero convocaba para el 12 de abril elecciones municipales, a las que deberían seguir elecciones legislativas con carácter constituyente, una vez que ya estuvieran asentados los nuevos Ayuntamientos, en los que, a favor del caciquismo del campo español, la Monarquía esperaba hallar una perfecta base de sustentación para su continuidad.

Javier Tusell es catedrático de Historia Contemporánea.